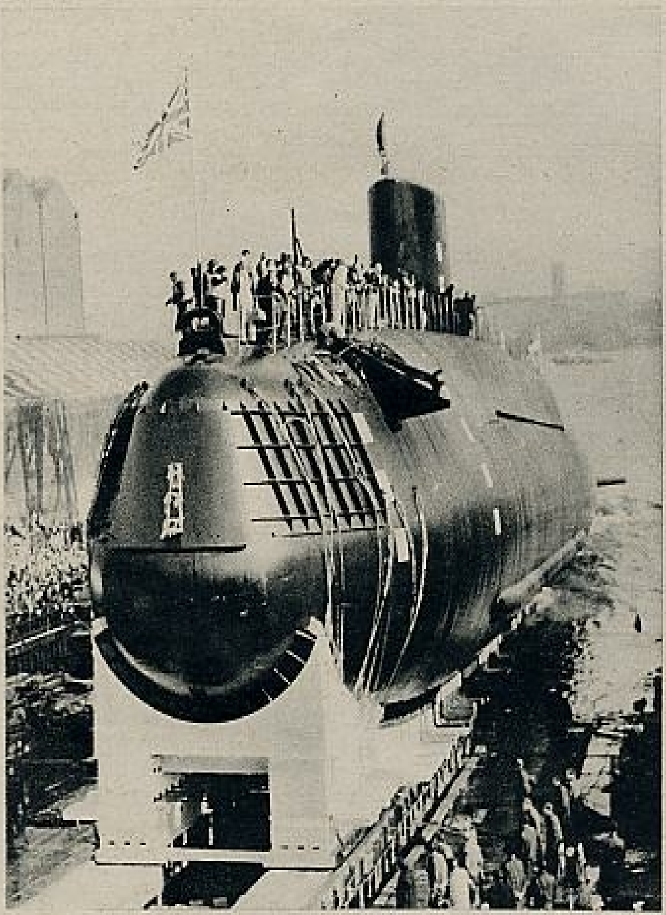

no está bautizado

MAS DE OCHO MIL MILLONES DE PESETAS HA COSTADO A LOS SUFRIDOS CONTRIBUYENTES BRITANICOS EL «RENOW», SEGUNDO SUBMARINO ATOMICO DE LA MARINA INGLESA, BOTADO EN LOS ASTILLEROS DE BIRKENHEAD YARD. EN LA BOTADURA, MAS DE DOS MIL PERSONAS SE MANIFESTARON EN SEÑAL DE PROTESTA, Y EL OBISPO DE CHESTER —ENCARGADO DE LA CEREMONIA QUE TENIA COMO MADRINA A LA ESPOSA DEL MINISTRO DEL RAMO— SE NEGO A BAUTIZAR EL BARCO, LIMITANDOSE A REZAR UNA BREVE ORACION. LA POLICIA DEL GOBIERNO REALIZO VARIAS DETENCIONES. EL «RENOW» VA EQUIPADO CON PROYECTILES NORTEAMERICANOS «POLARIS», DESPLAZA 8.000 TONELADAS Y TIENE UNA FUERZA DE 0,7 MEGATONES. LLEVA TRIPULACION DOBLE DE TRESCIENTOS HOMBRES, QUE LE PERMITE ESTAR CONSTANTEMENTE EN SERVICIO.

ART BUCHWALD

EL GOBERNADOR TIENE UN PROBLEMA

Los Angeles.—Ronald Reagan, gobernador de California, se ha enterado de que este Estado tiene un déficit de setecientos millones de dólares. Tan pronto como recibió la noticia, el ex actor hizo lo que hubiera hecho cualquier otro de su profesión. Llamó a ciertas personas importantes de Hollywood, que le ayudaron en su campaña electoral, y les pidió consejo, diciendo:

—Caballeros, acabo de ser informado de que Pat Brow me ha dejado un déficit de setecientos millones de dólares.

—Vaya —dijo un productor—, ¡qué gran idea para una opereta!

—Yo lo veo más bien como una comedia —añadió el jefe de un estudio cinematográfico—. Con Ronnie llegando a la capital del Estado como un político joven y sencillo, lleno de buenas intenciones, víctima de las circunstancias y que, finalmente, con la ayuda de Doris Day, salva a California de ser entregada a Richard Widmark.

—Tengamos seriedad por un momento —dijo Reagan—. Esto no es una película, es la dura realidad. ¿De dónde voy a sacar los setecientos millones?

—¿Qué le parecería esta solución? —dijo un guionista—. Usted es el gobernador y un grupo de negociantes encabezado por Edward G. Robinson viene y le dice que le darán los setecientos millones si pueden abrir un casino en Sunset Strip. Usted, indignado, echa a Robinson de su oficina y él jura que sus secuaces le ajustarán las cuentas, aunque sea lo último que haga. Luego, usted llama a Efraín Zimbalist, hijo, y le cuenta la historia. Efraín consigue que Chuck Connors se mezcle entre los gángsters como agente secreto. Pero Jack Palance lo descubre y en el momento en que van a liquidarlo, aparece John Wayne, que junto con Connors pone en fuga a los malhechores. Al final, Ronnie, como gobernaodr, los envía a la cámara de gas.

—¡Por favor, señores! —exclama Reagan—, me parece muy bien como película, pero no dará los suficientes millones ni aún con Julie Andrews haciendo el papel de esposa.

—Ronnie tiene razón —dice un director—. Nunca haría de esto una película, pero, ¿qué me dicen de una serie en televisión? Ronnie personificaría al gobernador de un gran Estado —no diremos cuál—, pero por supuesto todos lo saben. Cada episodio tratará de los problemas de una buena persona que desea hacer el bien, pero para ello tiene que enfrentarse a un sistema corrompido por la anterior administración. Supongamos que los universitarios llevan a cabo una manifestación contra el Gobierno estatal. Ronnie llama a la Guardia Nacional, mandada por el general Glenn Ford, cuyo hijo —Sal Mineo— es un soldado que se portó cobardemente en Vietnam. Pero Mineo quiere rehabilitarse ante su padre, que sólo siente desprecio por él. Salta de una trinchera y ataca solo las murallas de la Universidad, destruye el Departamento de Inglés, antes de ser derribado por un estudiante pro-Acción Democrática. Al final del programa, Ronnie entrega a Glenn la Legión del Mérito otorgada a Mineo a título póstumo por un pueblo agradecido y, de esta forma, Ford ya no se sentirá avergonzado de su hijo.

—Me gusta —afirma Reagan—, ¿pero podríamos hacer treinta y nueve episodios tan buenos como ése?

—Por supuesto. Tal vez al principio no obtengamos los setecientos millones, pero si la serie resulta buena, los ganaremos con la repetición de los programas.

—Yo esperaba que hubiera alguna forma más fácil de ganar el dinero —dijo Reagan.

—Bueno —apunta un experto en maquillaje—, siempre puede usted aumentar los impuestos.

¿Está usted loco —salta el agente de prensa de Reagan—, quiere echar a perder ahora mismo la imagen de Ronnie como buena persona?

—(Copyright 1967. The Washington Post Co. Distribuido por Editors Press Service Inc.—Agencia Zardoya).

LETRAS

JUGUETES PARA ADULTOS

En París expone una serie de obras —tan conseguidas como extrañas— el joven editor ginebrino Claude Givaudan. Nadie puede dudar, a primera vista, que se trata de libros; pero estas obras se presentan como esos «objetos» por los que ahora hay tanta afición: en este caso son **«libros-objetos»**. Se presenta un libro-montaña (Hundertwasser), un libro-escalera (Meadows), un libro - escultura (Etienne Martin), un libro-laboratorio (Kowalsky), un libro-sol (Octavio Paz), etc.

Insatisfecho de la presentación que tienen habitualmente los libros «de lujo» —en los que rara vez marchan de acuerdo el texto y la ilustración, siendo imposible abarcar ambos de un solo vistazo—, Claude Givaudan proyectó unas ediciones en las que todo se sitúa en el espacio, para que el lector, mediante una participación activa, haga surgir el texto oculto y lo reconstituya a partir de fragmentos sueltos.

Lo más conseguido de la exposición es indudablemente el libro realizado por Hundertwasser sobre el texto de Pablo Neruda «Alturas de Macchu Picchu», imitando el ritmo ascendente y las terrazas superpuestas de una ciudad inca. Lo forman treinta elementos de cartón estructurados en capas asimétricas abiertas por una de las extremidades y metidas unas entre otras. El conjunto va enteramente recubierto de collages: 850 litografías y reproducciones de cuadros. Los elementos van adosados a una tabla vertical y apoyados sobre otra horizontal de madera negra. Al igual que en una ciudad andina puede recorrerse subiendo por un lado y descendiendo luego por la vertiente opuesta. El texto —un poco oculto por la intensidad de los colores— va estampado sobre etiquetas transparentes. Dos años se han empleado en realizar este fascinante puzzle de artesanía, del que se han tirado sesenta y seis ejemplares, cada uno de los cuales vale 2.000 francos (veinticuatro mil pesetas).

Etienne Martin ha hecho de su propio hogar un Abecedario, algo hermético, en el que cada letra corresponde a una referencia de su casa natal o a una de las obras que ha realizado. Así resulta un libro de madera, que mide 1,50 por 90, pesa cerca de cien kilos y va montado sobre un pie. Hasta ahora sólo existe un ejemplar, pero se harán grandes tiradas, en pequeño formato, de cartón, papel y metal.

El escultor inglés Meadows hace su trabajo sobre el «Molloy», de Samuel Beckett: formado por treinta y tres libritos de texto recubiertos por un aguafuerte rojo y negro. El propio lector deberá ordenarlos, según su inspiración, como si fueran una escalera mejálica. El conjunto puede desmontarse y guardarse en una caja de poliéster cuya tapadera roja y blanca es una escultura de Meadows.

Alain Jouffroy se ha entretenido escribiendo su texto —«El Espacio de un libro»— sobre un conjunto de bolas de ping pong, ordenadas en una caja, que saltan cuando se abre. La diversión está en volverlo a montar. Hay otros muchos, muy divertidos... son libros-juguetes que tendrán un gran éxito entre personas mayores con espíritu de niños. **GENEVIEVE BONNEFOI.**